

riquezas, mientras él, general en jefe, se ocupaba en la ingrata tarea de mantener, desde Keirowan, el orden entre los bereberes y cuidar del exacto ingreso de los tributos. Las inesperadas nuevas, que probablemente recibiría el lugarteniente en el otoño de 711, excitaron sus celos. Debió parecer poco prudente aventurar durante el invierno el transporte de grandes masas de tropas en los frágiles barcos de que se disponía en Ceuta, y solo en junio de 712 (Ramadan 93) desembarcó Muza en España con su ejército de 18,000 hombres (1). Desdeñó seguir el mismo camino que Tarik, y a la fácil conquista de Schedhuna (Medina Sidonia) y Carmona siguió la de Sevilla despues de largo sitio. Aun mayor resistencia opuso Mérida, en cuyo cerco sufrieron los musulimes pérdidas considerables, viendo además amenazada momentáneamente su línea de retirada por una sublevación de los sevillanos; pero pronto fué ésta sofocada por el hijo de Muza, Abd El-Azis, y en 30 de junio de 713 (1 Schawwal 94) capituló Mérida. A fines de julio (Schawwal) se encaminó el victorioso general á Toledo, donde le aguardaba Tarik, el cual es probable que hubiese recibido orden de suspender todo nuevo avance. El héroe de la Frontera salió á caballo á recibir con el debido honor á su jefe, y tan pronto como divisó á su señor se apeó humildemente, como correspondía al libertado; pero Muza, henchido aun de envidia y odio, le cruzó la cara con su látigo y le reconvinó duramente por su desobediencia. Hízose entregar luego los tesoros del rey godo, hallados en Toledo, y mandó encarcelar á su glorioso teniente amenazándole con quitarle la vida. Muza se dispuso luego á terminar la conquista de todo el país, y como ya casi no había cristianos en parte alguna que se atrevieran á oponer resistencia, quedó sometido tambien al Islam á principios de 95 (octubre de 713) el Nordeste de España, mas allá de Zaragoza (2) hasta los Pirineos, así como las comarcas del Sudeste, en las cuales el duque godo Teodomiro halló fuerzas para resistirse durante algun tiempo, pero prefirió, á la postre, asegurarse por medio de un convenio la posesión de Orihuela, Alicante, Lorca y algunos otros lugares, naturalmente bajo la soberanía musulímica y mediante pago de un tributo (3). La sumisión de la parte occidental se fué logrando, á lo que parece, sin ninguna dificultad, y hasta los habitantes de las inaccesibles comarcas montañosas del Norte no pudieron durante algun tiempo oponerse á las huestes berberiscas, que en sus correrías llegaban á todas partes y que solo no se aventuraron jamás á penetrar en el verdadero territorio vasco. Únicamente un puñado de trescientos hombres, segun refiere la tradicion española, capitaneado por el valiente Pelayo, ocupaba una cueva de difícil acceso en la agreste sierra de Covadonga; desde allí

(1) Mantengo esta fecha como exacta porque la transmite la fuente árabe mas antigua, pero no por la razon que aduce Fournel: *Les Berbers*, I, pág. 260, notas a y 2°. Por mas que quisiera dar crédito, como Dahn, al hecho de la connivencia de los judíos toledanos con los musulimes, parécenme muy sospechosos los datos incidentales del cronista español del siglo XIII; y la fecha de 27 de marzo de 712 que fija para la conquista de Toledo está en contradicción con el orden que guardan entre sí los sucesos, como tambien con el dato de Dozy, *Recherches*, I, pág. 59, segun el cual Tarik habia regresado ya á la capital en el año 93 de una razzia hecha mas allá de Toledo, que solo se puede explicar admitiendo que lo anterior hubiese acaecido ya en el año 92 (hasta el 18 de octubre de 711).

(2) En árabe *Sarakosta* = Caesar Augusta.

(3) Poseemos el texto del convenio, cuya autenticidad no puede ser dudosa (véase Ranke: *Historia Universal*, V, I, pág. 217, nota primera), por mas que nos lo proporcione un autor mucho mas moderno. La fecha 4 Redschab 94 = 5 de abril de 713, que aparece en el mismo convenio, concuerda exactamente con la noticia de Isidoro Pacense de que Teodomiro habia causado gran daño á los árabes en 712-713, y todo el contenido del convenio tiene perfecto carácter de autenticidad.

burlaban todo ataque de los musulimes, y aunque la miseria y el desfallecimiento redujeron poco á poco su número á treinta hombres y diez mujeres, los enemigos acabaron por dejarlos en paz: ¿qué podía temerse de semejante puñado de díscolos? Nadie podía sospechar entonces que en muy breve plazo aquella reducida hueste habia de convertirse en una fuerza capaz de causar grandes dificultades á los árabes y de constituir, por último, el núcleo de una nueva monarquía cristiana en España.

En el ínterin, sin embargo, la fortuna del poderoso conquistador que á la sazón gobernaba el Africa septentrional desde las Sirtes hasta el Océano Atlántico y casi toda España, habia cambiado en la metrópoli de Damasco. Tenia en su ejército á un libertado de Walid, llamado Mogith, que habia conquistado á Córdoba á las órdenes de Tarik y era adicto á este jefe, el cual temia entonces por su vida. Deseando salvarle del odio de Muza, así se nos refiere, se trasladó á la Siria con objeto de informar al califa de lo que ocurría, despues de haber hecho responsable al lugarteniente de la vida de Tarik. Podemos muy bien suponer que Mogith, además del interés que le inspiraba Tarik, tendria algun otro motivo que le obligara á hacer este viaje. Es poco probable que el confidente del príncipe de los creyentes se encontrase en el ejército sin estar encargado de alguna misión especial. Muza era yemenita, y Walid, bajo la influencia de Haddschadsch, se manifestaba mas favorable aun á los keisitas que lo habia sido el mismo Abdelmelik; por otra parte, la rebelión de Abderrahman habia demostrado cuán fácil era que se sublevara un lugarteniente en apartadas provincias. Convenia, pues, desconfiar, y acaso el libertado habia sido designado para vigilar al general en jefe, cuyo pasado no le abonaba ya mucho. Las noticias que comunicó entonces Mogith al califa aconsejarían como prudente la revocación del conquistador, ya demasiado poderoso. Este no podia desconocer el verdadero motivo de semejante orden, y bajo todo género de pretextos fué aplazando su cumplimiento; pero un nuevo mensaje urgente recibido de la Siria hizo imposible mayor dilación. Muza tenia ya 77 años de edad; sabia que Walid no perdonaria una desobediencia manifiesta, y debió arrearle emprender una lucha, la cual aun en el caso mas favorable apenas podia ofrecerle nuevas ventajas. Pero sus hijos, á quienes deseaba dejar por herederos de su poderío, podían desde luego entrar en el goce de la herencia, y así cuando regresó, en pomposa y pausada expedición, con muchos prisioneros y cuantiosos tesoros, desde España, por la costa septentrional de Africa, al Egipto, fué entregando á cada uno de sus hijos el mando de las varias provincias. Abd El-Azis obtuvo el gobierno de Sevilla, Abdallah el de Keirowan, y subordinado á éste, Abdelmelik el de Tánger. El poder que conservaban en sus manos parecia ser al mismo tiempo una garantía de que su padre seria recibido con benevolencia en la Siria. Cuando éste llegó á Egipto, el califa enfermó gravemente en Damasco. El destinado á sucederle en caso de muerte, su hermano Suleiman, era protector declarado de los yemenitas; Muza estaba, pues, seguro de ser bien acogido por él. Por lo mismo, cuando vemos que el antiguo lugarteniente emplea nada menos que dos meses para recorrer el corto trayecto desde el Egipto hasta la Siria, nos asalta la sospecha de que fué intencionada la tardanza (4). En efecto, la caravana solo llegó cuando Walid estaba

(4) Las versiones árabes son muy contradictorias por lo que se refiere á este punto, tendiendo en su mayor parte á establecer que Suleiman, para dar mayor esplendor á su advenimiento al trono con la ostentación de los prisioneros y tesoros traídos de España por Muza, escribió á éste que retardara su llegada; pero que Muza, que no contaba todavía tan próxima la muerte de Walid, no hizo caso de esta orden,

en la agonía ó tal vez muerto ya (13 Schum. II 96 = 23 de febrero de 715). Con todo, Muza no logró su designio: per tenciera ó no al partido yemenita, que volvia de golpe al poder y á la influencia con Suleiman, se habia hecho demasiado poderoso no menos para el nuevo califa que para su antecesor. Fácil fué hallar en hombre de tan manifiesta codicia y poca escrupulosidad asidero para residenciarle; hízosele entregar los tesoros que habia llevado consigo, y si bien merecen poco crédito los relatos del encarcelamiento y de las vejaciones que se pretende que hubo de sufrir, parece seguro que fué condenado á pagar una multa importante. Ciertamente ésta le fué perdonada en definitiva por Suleiman, á instancia del respetado Yezid Ibn Mohallab, pero desde entonces no fué ya mas que una grandeza caída y murió en 97 ó 98 (716-717). Parece que todavía debió ver desvanecidas las esperanzas que para su familia habia fundado en las provincias conquistadas. Poco despues de su llegada, Suleiman envió un nuevo lugarteniente á Keirowan, el cual consiguió apoderarse de los dos hijos de Muza que habian quedado en Africa y encarcelarlos, haciéndoles todo género de acriminaciones. Con Abd El-Azis, que tenia firmemente asegurada en su mano á la lejána España, no se podia proceder en manera tan sumaria; pero ya á fines de 97 (716) pereció á manos de amotinados árabes, y no está exento el califa de la sospecha de haber señalado la víctima al acero de los asesinos.

Por tachas que tuviese el carácter de Muza, fué trágica suerte la que precipitó desde la cúspide del poder al gran conquistador, en los precisos momentos en que creía haber fundado un poderoso reino para los suyos, y la que condenó á la perdición á los que habian de ser herederos de su esplendor. Pero entretanto el califa habia logrado su propósito, consolidando por algun tiempo su autoridad en el Occidente y sobre todo haciendo eficaz recordación á los caudillos en Córdoba, residencia del gobierno de España desde Abd El-Azis, de su dependencia del soberano en Damasco. Hacia el año 718 (99) el nuevo lugarteniente de España pasó los Pirineos, á cuyo otro lado se preparaba por aquella época, en medio de los mayores trastornos, la ruina de los duques de Aquitania y de los merovingios. Habia en primer lugar la hostilidad existente entre el duque Eudes de Aquitania y el mayordomo de Clotario VI, Carlos Martel, mientras que, por otra parte, los antagonismos nacionales entre visigodos y galos paralizaban en la Francia meridional las fuerzas para resistir á enemigos del exterior. Así el impetuoso El-Horr, á quien los amedrentados cristianos llamaban Alahort, pudo llevar sus correrías hasta muy adentro del país; cierto que en el ínterin, á sus espaldas, empezaba á crecer la hueste de Pelayo en las montañas asturianas y á molestar bastante, á la manera española, por medio de una guerra de guerrillas hábilmente dirigida, á las tropas berberiscas mandadas por Munuza. Pero El-Horr no dió importancia alguna á este movimiento, en verdad relativamente insignificante todavía, como tampoco se la dió su mas capaz sucesor Samah, que gobernó la España desde el año 100 (718) á nombre del bien intencionado Omar II. El nuevo lugarteniente emprendió la guerra en toda forma contra Eudes; conquistada Narbona por él en 102 (720), la mandó fortificar convenientemente, sirviendo desde entonces de plaza de armas á los musulimes y contra cuyos muros se habian de estrellar durante muchos años los ataques de los germanos (hasta 142 = 759). Ya en el año siguiente fué seguro refugio para los sarracenos: cuando el 9 de Zul-ka'ada de 102 (11 mayo) atrayéndose así el disfavor del nuevo soberano. Considero esto como una tentativa de historiadores posteriores para explicar el hecho para ellos extraño de que Suleiman tratara tan mal á un yemenita.

de 721) Samah murió ante los muros de Tolosa, defendida por Eudes, su teniente Abderrahman Ibn Abdallah logró salvar los restos del ejército al amparo de la nueva fortaleza, desde la cual el sucesor de Samah, Ambasa, pudo marchar, en 107 (725), á la conquista de Carcasona y Nimes y llevar la devastación hasta la misma Autun.

La inacción que sobrevino luego, durante algunos años, fué debida á las discordias intestinas, que cada día eran un peligro mayor para la dominación musulímica en el Occidente. La malquerencia entre árabes y berberiscos ya entonces iba en aumento, así en Africa como en España; aquellos se creían los señores, que podían tratar con menosprecio y dureza á los que habian sometido á su ley, y éstos se resentían con mayor susceptibilidad á cada nueva afrenta. En la Península los berberiscos se consideraban sobre todo perjudicados por la repartición del territorio, en la que los árabes, despues de separar el quinto que correspondía al fisco de las comarcas conquistadas y los distritos por capitulación reservados expresamente á los cristianos, habian procedido de manera que se adjudicaron á sí mismos la fértil Andalucía y dejaron á los berberiscos los áridos distritos de Castilla y de las provincias septentrionales. La frecuencia con que éstos recibían entonces noticias de las arbitrariedades y exacciones de todo género de que los lugartenientes en Keirowan hacían víctimas á sus compañeros de tribu en Africa (1), no podia menos de exacerbar su indignación. El duque Eudes supo concitar mas aun los ánimos desde el otro lado de los Pirineos, y no le dolió dar su hija en casamiento al caudillo berberisco Munuza para ligar así á éste á los intereses de los cristianos y preparar una acción comun contra los árabes. Sin embargo, cuando Munuza alzó la bandera de la rebelión (111 ó 112 = 729-730) no logró provocar un levantamiento general de sus compatriotas, y perseguido por las tropas del lugarteniente, dicese que se dió él mismo la muerte arrojándose desde lo alto de una peña. Pero no solo reinaba en aquella época la discordia entre berberiscos y árabes, sino tambien y continuamente entre los varios bandos de éstos en España, fomentada por el rápido cambio de lugartenientes incapaces, hasta que por último intervino el energético califa Hischam y concedió al valiente Abderrahman el mando en jefe (112 = 730). Consiguió éste restablecer una vez mas el orden; pero debía ser funesta para la propagación del Islam la nueva campaña que emprendió en Francia en el año 114 (732). Hasta muy cerca del Loira habian penetrado impetuosamente los sarracenos, despues de destruir el ejército del duque Eudes á orillas del Dordoña, cuando se les interpuso en su camino, entre Tours y Poitiers, Carlos Martel con sus francos. De los incidentes de esta batalla solo tenemos noticias escasas y contradictorias: en definitiva, la tremenda derrota de los musulimes y la muerte de Abderrahman fueron el resultado del combate, reñido con gran tenacidad por ambas partes, segun se refiere. Fué un hecho de significación histórica universal. En verdad, fué poco duradero el asombro que en el primer momento se apoderó de todo el Occidente. Un alzamiento de los cristianos al Norte del Ebro fué enérgicamente dominado, si bien con algun esfuerzo, y Okba Ibn Haddschadsch, que gobernaba en España desde 116 (734), favorecido por inteligencias con los príncipes del Mediodía de Francia, temerosos del creciente poderío de Carlos Martel, pudo en el mismo año

(1) Ranke (*Historia Universal*, W, I, pág. 220) alude en este punto á una «lucha que ocupó el Africa durante un par de años». No me ha sido posible averiguar de dónde procede semejante noticia, que no he visto citada por ningun otro autor y de la que por lo mismo he de prescindir. Los disturbios pasajeros del año 103 (721-72, Fournel: *Les Berbers*, I, pág. 175) no tienen aplicación aquí.

extender nuevamente la influencia musulímica del otro lado de los Pirineos hasta Lyon. Por mas que los caudillos enviados por él desde el año 119 (737) sufrieran mas de una derrota, Narbona permaneció todavía por mucho tiempo en poder de los árabes. Ciertamente que muy pronto no fué ya posible hacer nuevas expediciones desde allí: la terrible guerra civil del año 123 (741), cuyas consecuencias trascendieron á toda la historia posterior del Occidente, paralizó por mucho tiempo las fuerzas del Islam no solo en Francia sino tambien en la misma España. Así Pepino, en el año 759 (142), logró reconquistar á Narbona; y lo que fué aun peor para el Islam, el yerno y segundo sucesor de Pelayo, Alfonso I, durante la guerra civil entre los creyentes no solo unió su principado vasco á los pequeños restos cristianos de Asturias, sino que rechazó bastante lejos, hácia el Sur, á los bereberes del Norte de España, que situados entre él y sus enemigos árabes, se encontraban entre dos peligros y además fueron diezmados por una hambre horrorosa en 132 (750). Desde aquella época, las principales fortalezas fronterizas de los árabes, hácia el Norte (de Oeste á Este), fueron: Coim-



Monedas españolas de oro, del año 98 de la Egira (717).

Anverso: En el centro: Mahoma [es] el enviado de Allah. — En el borde: Acuñado este dinar [pág 40, nota 2] en el Andalucía, en el año noventa y ocho.

Reverso: En el centro: una estrella. — En el borde: FERITOS OLIIN SPANANX «feritos solifidus in Span[ia] an[no] X.» ó sea: «acuñado este sueldo en España en el año X.»

bra, Coria, Talavera, Toledo, Guadalajara (1), Tudela y Pamplona; entre ellos y el nuevo reino de Asturias había una ancha faja de tierra inculta, que abandonada por los bereberes no había vuelto á ser labrada.

De esta suerte, al terminar la época de los omniadas alcanza el imperio universal árabe su mayor extension y casi al propio tiempo, despues de las rotas de Constantinopla y de Poitiers, toca los límites que no han de ser ya rebasados. Pero aquí tambien es Ajax quien sucumbe á manos de Ajax: no es el fuego griego ni la espada del franco lo que derriba la mas poderosa dinastía de califas y cierra la época heroica y de conquista árabe, sino el antiguo pecado original de este pueblo turbulento: las rivalidades de tribu.

CAPITULO IV

TERCERA GUERRA CIVIL Y CAIDA DE LA DINASTÍA

Tiene doble aspecto la relacion que guarda toda religion con el pueblo que la ha producido. Expresion de las mas elevadas aspiraciones del espíritu nacional, que determina su forma y da á su contenido una necesaria limitacion, contiene, además, á manera de elemento inconmensurable, un nuevo ideal, que es para sus adeptos, mas allá de estos límites, la promesa pero tambien el deber de futuro progreso. Así tiene toda religion influencia educadora en el pueblo que la profesa seriamente, y ninguna como el Islam se ha

(1) El nombre viene del árabe: *Wadi'l-tjidschara*, «arroyo de las piedras.» Puede adoptarse como regla general que todos los nombres españoles de rios y ciudades que empiezan con *Guad* proceden del árabe *Wadi*, «torrente, rio;» por ejemplo, Guadalquivir, de *Wadi-el-Kebir*, «el gran rio.»

arrogado mayor derecho á la enseñanza, y con un éxito que en los primeros momentos tenia algo de sorprendente. A la fascinacion que la persona de Mahoma y el ardor de su entusiasmo religioso ejercieron en un grupo de hombres decididos y graves, debe la Arabia que con el triunfo de la fe aparezca libre de golpe de la antigua maldicion que la habia impedido hasta allí elevarse á una civilizacion superior y á una igualdad de puesto entre las naciones. La division de su nacionalidad en centenares de tribus y subtribus, que luchan en mútua rivalidad, sin hacer el menor progreso, durante siglos, desaparece con la sumision de todos al supremo Señor de la fe, Allah, ante quien no hay ninguno que sea mas que el otro, no habiendo ya motivo para mútuos celos. Así el monton de sueltas flechas se ha convertido en sólido haz de unidad y desafia las impotentes tentativas de pueblos caducos para romper su solidez. Pero la educacion que ha producido tal prodigio, pesa duramente al hombre; la jóven y turbulenta nacion comete con la primera guerra civil la primera falta; y como ya no basta para contenerla la influencia moral del catecismo, se procura, ora con el halago, ora con el castigo, obligarla, á lo menos, á la quietud. El caso que hace de todo esto, lo demuestra la segunda guerra civil; y la repeticion de los procedimientos de fuerza no logra mas resultado que hacerla desbordar por completo, tan pronto como se quiebra el poder terrenal que la ha dominado. Solo cuando se pone de por medio el persa, se amansa al fin, lográndose luego en la época de los abasidas que la saludable enseñanza penetre poco á poco en los ánimos. Pero entretanto se habia perdido tiempo muy precioso, y les pasó á los árabes lo que á los estudiantes desaprovechados en los primeros tiempos: luego tienen ya demasiada edad y pierden el puesto que dadas sus dotes naturales podian haber ocupado en el mundo, teniendo que contentarse, á causa de su tardía reflexion, con ayudar á otros á que hagan su carrera.

Ya hemos visto que los omniadas, á pesar de todas sus inclinaciones mundanas, eran demasiado avisados para no favorecer de varios modos una moderada ortodoxia. Así Siyad como Haddschadsch no perdonaron esfuerzos para que sus soberanos «tuviesen religion en el país;» pero ya sabemos que esto no se consigue con solo mandarlo. Los que estaban en el poder á la sazón habian pospuesto la fe á sus intereses mundanos, y perseguido y maltratado á los compañeros del Profeta: nada mas justo, pues, que la fe prescindiera de ellos entonces. Además, en la Siria, que en tales circunstancias era el principal si no el único apoyo de la dinastía, unos á otros se conocian demasiado para que las ideas religiosas pudiesen producir resultado alguno. Así, todo dependia de que Keis y Kelb no viniesen otra vez á las manos, como despues de la muerte de Yezid I, y esto, dado el odio cada día mas inveterado entre uno y otro bando desde la batalla de la pradera de Rahit, solo podian lograrlo la influencia personal y la habilidad del mismo califa. En el caso, pues, de que éste fuera un débil gobernante ó un político poco perspicaz, era de prever que romperian desde luego las hostilidades los dos grupos de tribus enemigos; y como la suma de sus respectivas fuerzas representaba absolutamente el poder que era indispensable para mantener á raya los antagonismos religiosos y nacionales, su rompimiento debia acarrear necesariamente agitaciones cada vez mas intensas y, por último, sangrientas rebeliones de jaridschitas y siitas, persas y berberiscos. Estas disensiones, por efecto de la abundancia de tales elementos disolventes en todos los puntos del imperio, rápidamente llevaron á su ruina á la dominacion siria y á la dinastía de los omniadas.

Si habia un linaje de soberanos que pudiera vencer tama-

ñas dificultades, seguramente que parecia serlo el de Abdelmelik. De sus quince hijos, cuatro gobernaron como califas; uno, Maslama, representó un papel principal, bajo el gobierno de todos cuatro, como uno de los mas consumados generales del Islam, y dos de los califas, Walid é Hisham, son considerados entre los príncipes mas esclarecidos que ha dado de sí el Oriente. Pero hasta en una casa en la que de tal manera abundaban las dotes personales, debian encontrarse individuos mas débiles, y la situacion entre yemenitas y keisitas era demasiado tirante para que la primera falta cometida dejase de tener funestas consecuencias. Suleiman, hijo segundo de Abdelmelik, fué el que la cometió, y de él data esencial aunque no aparentemente la decadencia de la dominacion omniada. Su padre, con el prudente dominio de sí mismo que constituia el rasgo mas saliente de su carácter, habia sabido mantener equilibrada la balanza entre Kelb y Keis. A pesar de que éstos, aun despues de la batalla de la Pradera, habian puesto otra vez en grave peligro al gobierno con su antipatriótico comportamiento en Khasir, Abdelmelik confió la administracion de todo el Oriente al keisita Haddschadsch, el cual no perdió tiempo en colocar por todas partes á sus primos, por cierto no en perjuicio del imperio, y en privar á los caudillos yemenitas, ante todo á los de la casa de Mohallab, de los cargos mas influyentes. Los árabes del Sur se mostraron muy indignados, quejándose amargamente de la ingratitud del soberano que les debía el trono, pero acabaron por aplacarse cuando el califa les concedió la conquista y administracion del Occidente. Walid, aunque continuó apoyándose sin reserva en Haddschadsch, se guardó muy bien de cambiar el estado de cosas existente. Pero murió en la flor de la edad (1), y el que le sucedió segun la voluntad de su padre, su hermano Suleiman, no era bastante desapasionado ó perspicaz para sacrificar en aras del imperio sus afectos personales. De las cualidades de soberano de los de su casa solo habia heredado la mas peligrosa, la altivez, y no supo enfrenar ni su sensualidad ni sus caprichos. No habia estado en muy buenas relaciones con Walid, porque este califa, como sus antecesores, abrigaba el deseo de privarle de la sucesion para transmitirla á su propio hijo Abd El-Azis. Yemenitas descontentos, ante todos Yezid Ibn Mohallab, que no podia consolarse de la pérdida de la rica provincia del Corasan, se habian agrupado, como era natural, en torno del futuro soberano, y esto fué motivo suficiente para que Haddschadsch apoyara el designio de Walid. Pero el prudente califa creía, con mucho acierto, que solo podia ser realizado lentamente, aumentando así la inquietud de su virey, que no abrigaba la menor duda respecto de la suerte que le esperaba si sobrevivía al advenimiento de Suleiman al trono. Dicese que en los últimos tiempos antes de su muerte rogaba á Allah que se sirviera hacerle morir antes que el príncipe de los creyentes. Su plegaria fué oida, pues murió en el año 95 (714); apenas seis meses despues le siguió Walid, y entonces la venganza del nuevo califa, de la cual se habia escapado el anciano virey, cayó sobre sus compañeros de tribu tanto mas despiadadamente, cuanto que sus enemigos los yemenitas se ofrecieron gustosos á ser los instrumentos de su cumplimiento. La designacion de Yezid Ibn Mohallab para lugarteniente del Irak destruyó para siempre el equilibrio con tanto desvelo mantenido hasta entonces entre keisitas y yemenitas, y fué además la señal de una persecucion de los mas respetados y beneméritos árabes del Norte que acababan de ocupar el poder, persecucion tal como no se habia visto jamás en tiempo del tan calumniado Haddschadsch. Este tan severo gobernante se

(1) Segun las varias versiones, tenia de 43 á 50 años.

contentó con destituir de su mando al hijo de Mohallab, y el reflexivo Abdelmelik tardó bastante en consentir siquiera en ello; pero á la sazón, un hombre como Mohammed Ibn Hasim, que habia renovado la gloria de las armas musulímicas y acababa de conquistar para el imperio nuevas provincias en el lejano Oriente, fué tratado como un criminal comun y entregado á enemigos personales de la casa de Haddschadsch, que le hicieron morir en el tormento. Koteiba Ibn Muslim pereció, á lo menos, con la espada en la mano defendiéndose contra los que le preparaban suerte parecida (96 = 715). Mal ejemplo fué éste para todos, que desde entonces tuvieron que temer que á cada cambio de soberano subiese al poder el partido contrario, antes oprimido. Un mero gobierno de partido es raras veces saludable aquí fué el peor de los males, porque el encono cada día mayor entre ambos grupos de tribus necesariamente debia propagarse hasta la residencia del gobierno central y pronto producir tambien en ella la mas espantosa confusion.

Vino á agravar el mal la brevedad de los reinados de los últimos omniadas. Suleiman (96-99 = 715-717) y Omar II (99-101 = 717-720) murieron en el tercer año de su respectivo califato; Yezid II (101-105 = 720-724) en el quinto, Walid II, hijo del anterior (125-126 = 743-744), en el segundo, y Yezid III, hijo de Walid I (126 = 744), apenas reinó seis meses. Hisham (105-125 = 724-743) es el único que logró gobernar durante un plazo mas dilatado, 19 años y medio. Ahora bien, como desde Suleiman casi á cada cambio de soberano seguia un cambio político, segun las alianzas de familia del respectivo califa con uno de los dos bandos, ó por otros motivos personales, resulta que entre 101 y 127, ó sea en 26 años, pasó cinco veces el poder de un grupo de tribus al otro; y esto significaba cada vez una encarnizada persecucion de los personajes que mas habian influido hasta entonces, los cuales por su parte no habian procedido mejor durante la época de su mando. Así perdieron la vida gran número de hombres importantes en breve espacio de tiempo, casi todos de la manera mas horrorosa, exacerbándose cada día mas el odio entre árabes del Norte y del Sur. Muy pronto todo el que se creía con bastante influjo se alzaba en abierta rebelion si la subida al trono de un nuevo califa anunciaba peligro para él y sus amigos. Ya en el año 101 (720), á la muerte de Omar II, cuando con Yezid II volvieron otra vez al poder los keisitas, Yezid Ibn Mohallab suscitó un alzamiento en Basora, que propagándose extensamente por las provincias orientales, en su mayor parte dispuestas á su favor, amenazó acabar ya entonces con la hegemonía siria. Esta vez todavía Maslama, la brillante espada de la casa de Abdelmelik, logró sofocar la sublevacion: el 14 Sofar de 103 (24 de agosto de 720) fué derrotado y muerto el orgulloso hijo de Mohallab, despues de tenaz lucha, en las cercanías de Kufa, á orillas del Eufrates, y pronto quedó restablecido el órden en Basora y en toda la Persia. Pero cuando Walid II mandó ajusticiar bárbaramente al celoso lugarteniente de Hisham, el yemenita Jalid Ibn Abdallah El-Kasrí, se sublevaron sus compañeros de tribu, proclamaron califa á Yezid III, primo de Walid, y mataron á este último. Este fué el principio del fin, pues entonces cada partido alzó su propio califa y los sirios se destrozaron mútuamente en abierta guerra civil, hasta que las fuerzas reunidas de las provincias orientales, que entretanto se habian rebelado, cayeron sobre ellos, destruyendo á un tiempo á los dos bandos.

Lo que hizo aun mas funestas las inevitables consecuencias de estos disturbios fué la incapacidad de casi todos los califas de aquella época. Ya los hijos de Abdelmelik no habian sido todos de igual aptitud: Yezid II llevó, como